



barda



CENTRO DE ESTUDIOS EN
Filosofía de la Cultura



.. Año 1 || Número 1 || Septiembre 2015 ..

Barda es una revista digital con referato, publicada por el Centro de Estudios en Filosofía de la Cultura, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue. Neuquén, Argentina.

Surge y se nutre de la trayectoria vital del Centro, con el fin de generar un nuevo medio para la creación y circulación de ideas.

Revista Barda Inicia con este primer número su propio recorrido, con la expectativa de trazar alguna estela en el amplio horizonte donde se cruzan la reflexión filosófica, las artes y las humanidades.

Equipo Editor

Fernando Sánchez
Ayelen Zaretti
Daniela Losiggio
Sandra Uicich
Sebastián Aldao

Comité Académico

Miguel Morey
Carmen Pardo
María Susana Paponi
María Amelia Bustos Fernández
Hernán Ulm
Gonzalo Aguirre
Pablo Rodríguez
Margarita Martínez
Gabriela Simón
Emiliano Sacchi
Raúl Cadús

Revista Barda

Año 1 - Número 1 - Septiembre de 2015

ISSN en trámite

Disponible en www.cefc.org.ar/revista

Contacto: revistabarda@cefc.org.ar

Diseño, armado y maquetación

Ayelén Zaretti

Foto de tapa

Fernando Sánchez

Índice

Bataille, batalla	5
<i>María Susana Paponi</i>	
Palabras que empujan	12
<i>Meritxell Martínez</i>	
Giorgio (exprimiendo la expresión)	26
<i>Sebastián Aldao</i>	
Simondon: zona operacional central transindividual y tiempo transductivo	46
<i>Teófilo Alvariñas Cantón</i>	
Conversación con Alejandro Finzi: una entre- vista al misterioso proceso de su producción dramática	71
<i>María Amelia Bustos Fernandez</i>	

Reseña de <i>Ese Nietzsche</i> (acción sin utilidad) <i>Fernanda Taladriz - Yamile Jalil</i>	80
Reseña de <i>El cuerpo</i> <i>en la escritura.</i> Daniel Calmels <i>Sandra Uicich</i>	86

Reseña de

El cuerpo en la escritura

DANIEL CALMELS

Sandra Uicich es Doctora en Filosofía por la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca). Docente e investigadora en filosofía contemporánea. Es miembro del Centro de Estudios del Siglo XX (UNS) y del Centro de Estudios en Filosofía de la Cultura.

CALMELS, D., *El cuerpo en la escritura*. Buenos Aires: Biblos, 2014, 122 páginas, colección El Cuerpo Propio (reedición ampliada)

“A diferencia de la vida orgánica, el cuerpo es una construcción que no nos es dada biológicamente” (p. 18). Esta breve afirmación es el eje a partir del cual Calmels¹ se aboca a deconstruir el proceso que atraviesa el niño cuando aprende a escribir y, a la vez, a integrar

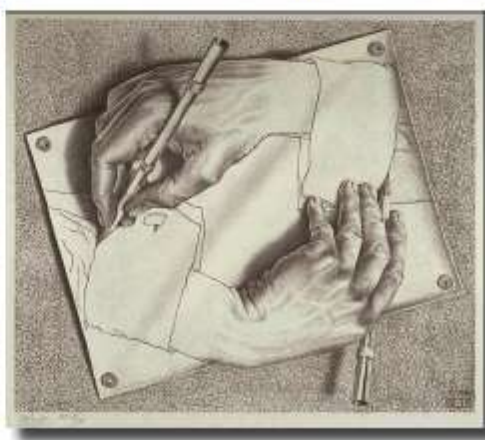
¹ Daniel Calmels es psicomotricista y escritor; ha publicado libros de poesía y cuentos, y varios ensayos, entre ellos *El cuerpo cuenta* (2004), *Infancias del cuerpo* (2009) y *Fugas. El fin del cuerpo en los comienzos del milenio* (2013).

cuerpo y palabra, a *in-corporar* el trazo gráfico y la letra en sus primeros años de vida y de escolarización. La escritura es una acción humana en la que se unen literalmente el cuerpo y la palabra, y en este proceso de aprendizaje aparece “la letra escrita como representación de la ley” (p. 13). No es casual que se enseñe al niño a escribir bien, con buena letra, con las expresiones correctas, etcétera. “La insistencia de la caligrafía en lo homogéneo va más allá de la comunicación y de la estética (con las excepciones correspondientes, principalmente en la caligrafía oriental): se trata de la regulación de la conducta, del comportamiento de la mano” (p. 39). Así, este libro es una pequeña historia de la sumisión del cuerpo a la letra, y encontraremos en él guiños implícitos y explícitos a las descripciones de Michel Foucault, que en tantos pasajes de su obra muestra las diversas formas de disciplinamiento, el encarnizamiento de las normas, la crueldad de la normalización y la conformación de los cuerpos dóciles.

“La letra: prisión del cuerpo”, sentencia Calmels, y analiza diversas etimologías del vocabulario referido al aprendizaje de la escritura, que remite “a un micromundo disciplinario con códigos particulares”: un niño *atildado* (palabra que proviene de *tilde*) es un niño pulcro y aseado; *redactar* significa poner en orden; *corregir* (del latín *corrīgia*: “correa”) es reprender o amonestar; *obedecer* viene del latín *oboedire*, que deriva de *audire*: “oír”; *disciplina* (del latín *discipulus*: “discípulo”) es, a partir de la segunda mitad del siglo XIII, “sumisión a las reglas”, “azote de penitente”.

Calmels insiste: “el cuerpo no es un descubrimiento sino una *construcción*” que encuentra anclaje en sus diversas manifestaciones (contacto, sabores, mirada, escucha, voz, rostro, etc.). Al detenerse en la escritura, describe un sinnúmero de pequeñas coordinaciones y movimientos de la mano, el brazo y el antebrazo, el codo y el hombro, marcas de la disciplina que construyen la sumisión desde el primer momento de tomar un lápiz.

En los primeros encuentros, el lápiz es tomado como un bastón blanco que palpa el camino. El niño debe ‘hacer cuerpo’ con el lápiz, o sea, prolongarse en el instrumento. Y para que esto ocurra se debe producir un ensamble, el lápiz debe dejar de ser ajeno, extraño a la mano que lo sostiene. Si esto no sucede, el lápiz ‘cuelga’ de la mano, es ajeno al cuerpo (p. 32).



Mancha, marca, línea, trazo, letra son fases de esa construcción como *incorporación*, pero de ningún modo se muestran como evolución: son emergencias o manifestaciones del cuerpo que van constituyendo un modo de la subjetividad. Los adultos son los representantes de la buena letra, los que enseñan, los que inscriben las prácticas en el cuerpo. “El niño escribe con todo su cuerpo, y el cuerpo escribe con todo el niño. Su mano toma el lápiz como un estilete, comúnmente desde la parte superior del lápiz para ejercer más presión. Con el tiempo irá arrimando sus yemas al escenario donde se inventa la escritura. Los dedos ‘desean’ tocar la tinta, el cuerpo quiere ser protagonista” (p. 30). Pero el protagonismo del cuerpo será moldeado una y otra vez en distintas instancias del dispositivo escolar, y mucho de lo que se escribe en el cuaderno queda “inscripto” en el cuerpo del niño.

La escritura no es solamente un aprendizaje mecánico o motriz sino también una legitimación de la pertenencia social, ya que con el movimiento de la mano y la postura del cuerpo al escribir “el organismo ‘habilita’ y genera la ‘habilidad’ de la mano, por la cual, entre otras cosas, el sujeto está ‘habilitado’ para el aprendizaje y la comunicación” (p. 20). Construcción del cuerpo, entonces, que construye la subjetividad de la mano de una mano que aprende a escribir, un cuerpo que aprende una postura, un sujeto que aprende la lengua oficial, autorizada, constituyente; construcción necesaria, ya que “el cuerpo es una producción humana impensable sin la palabra” y a la vez, “la palabra es inasible sin cuerpo, sin cuerpos” (p. 20). Hasta las partes de un cuaderno o de un libro, productos específicos de la escritura, toman sus nombres de nuestra corporeidad: *faz* de una hoja o *carilla* (cara o rostro), *lomo*, *sangría*; la primera cara, la *carátula* (que significa “máscara”); *encabezamiento* (que contiene la palabra “cabeza”); *acápite* –párrafo, apartado o epígrafe- (que proviene de la locución latina *a capite*, que quiere decir “desde la cabeza”).

Además de exponer minuciosamente cómo la corporalidad se somete en la escritura, Calmels realiza una breve genealogía de las formas de escritura, que no es otra cosa que la historia de los dispositivos que domesticar el cuerpo según el soporte utilizado, desde una gestualidad más tosca en el acto de tallar, un trazo de profundidad sobre la tabla de arcilla o la roca, hasta un gesto liviano al deslizar la tinta sobre el papel.

Históricamente, en la medida en que se iba perfeccionando el soporte de la escritura, el gesto empleado para escribir cobraba ductilidad. Se pasa gradualmente (...) de la tridimensionalidad a la bidimensionalidad, del sacar al poner, del trabajo de fuerza y golpe al sutil trazo digital. El cuerpo encuentra en la escritura un acto

que le exige controles, inhibiciones, independencias y acuerdos mutuos entre el ojo y la mano. Proceso histórico que gestualmente podemos delimitar entre el trazo de profundidad y el trazo de deslizamiento. Ahora bien, la actual producción gráfica, realizada por una maquinaria –especialmente las computadoras- agrega una tercera gestualidad; pasaje que podemos enunciar como de lo visomanual a lo visodigital, que implica una predominancia de los dígitos, de las yemas de los dedos (p. 29).

Para entender los soportes de escritura actuales se debe atender al cuerpo en la cultura digital, en el que la escritura ya casi no implica la postura sostenida del brazo o la reunión de los dedos de la mano, sino la ligera presión de la yema de los dedos por separado: “Con un ligero movimiento, se escribe con la extremidad de las extremidades” (p. 29). A diferencia de la escritura manual que especializa un brazo, lateraliza el cuerpo y restringe la postura al uso de la mano dominante, con la computadora se da una transformación que implica el uso de ambas manos y una presión digital más que manual sobre el teclado, con lo que se pasa de la exclusiva dominancia unilateral al dominio bilateral. La época actual es la del imperio de lo visodigital.

Sin embargo, no todo es disciplinamiento y dominio de los gestos y las posturas de la corporalidad. Calmels conjura los sometimientos a través de la apelación a las rebeldías del cuerpo, a los desafíos a la autoridad (de la institución o del cuaderno), a la insumisión, que la cultura estigmatiza como anormalidad: desórdenes de escritura, mala letra, errores de ortografía, desprolijidad, transgresión de los márgenes del cuaderno o del renglón.

Exceptuando el déficit orgánico que compromete el dominio del trazo, algunas de las fallas en el control del gesto implicado en la escritura responden a rebeliones del cuerpo frente a la ley que el trazado de los márgenes le impone al niño. Al trasponer los márgenes, su letra se margina, está fuera de la ley implantada por la geografía del cuaderno. Frecuentemente no se transgreden los límites naturales [el límite físico de la hoja] sino los límites políticos, artificiales [los márgenes]: se pasa a través de la frontera (p. 79).

Estas rebeliones o transgresiones no se deben confundir con el error o las fallas en el aprendizaje del trazo. “El que transgrede no yerra. Para el niño que se equivoca, que falla en el dominio del lápiz y en su trazo, es un desafío; para el niño que transgrede, el lápiz se transforma en un instrumento con el cual ejercer una protesta” (p. 79). Así, la subjetividad se desquita sacando provecho de las fisuras que la institución escolar pretende ocultar: crea su firma, deja espacios en blanco, saltea hojas del cuaderno, inventa, dibuja sobre los márgenes, etc.

Si un niño deja renglones en blanco sin un sentido aparente, la maestra ocupa ese lugar con su letra; el 'cartel' dice: '¡No dejar espacios en blanco!'. Cabría preguntarnos si estos espacios en blanco no tienen un sentido, si no forman parte del tejido, del texto que se desarrolla en el cuaderno. Una primera apreciación nos llevaría a entender esta alteración del orden como una transgresión a la consigna. Pero también podríamos pensar que los espacios no ocupados por el trazo funcionan como descansos, silencios, marcos, respiraciones que el niño necesita en el transcurso de su tarea. Aire necesario para la respiración de la hoja (p. 83).

Si bien en el aprendizaje de la escritura al niño se le exige renunciar al movimiento libre y circunscribirlo a los márgenes y los renglones, enmarcarlo en los límites de la hoja, aún cuenta con otro territorio de liberación: la lectura. "El escribir es objetivo y subjetivo; su resultado es una forma externa al escritor, que puede ser cambiada interminablemente en las múltiples lecturas o reescrituras posibles. El que escribe vuelve a leer, operación que hace de la escritura una multiplicación de la lectura" (p. 95). Y en tanto multiplicación, apertura de otros sentidos y posibilidad de una reescritura simbólica que no puede quedar atrapada en los márgenes, los renglones o la letra impuesta.

En la palabra escrita está la falta y la condena, la sumisión del cuerpo y del espíritu a la letra. Pero si es cierto que la escritura fija, también lo es que la lectura libera. La escritura se configura en un espacio donde el lenguaje encuentra un lugar y una visibilidad. Siendo único su trazo, tiene la capacidad de ser múltiple; así, su marca resulta una manera eficaz de exponerse a innumerables lecturas. Allí, en la lectura, el espacio de la escritura renueva su lugar y cobra nuevos sentidos (p. 47).

Fugas posibles, entonces, en la multiplicación de la lectura de lo escrito, en la insumisión a la geografía del cuaderno, en la potencia del cuerpo para volver a escribirse a sí mismo con las nuevas formas de la escritura. Y si "fundar un cuerpo es el mayor de los aprendizajes", desaprender cómo el cuerpo –nuestro propio cuerpo, el cuerpo de nuestra cultura– se ha fundado es el objetivo de este autor que, desconocido en el ámbito de la filosofía, no deja de ser de una gran riqueza para toda reflexión filosófica sobre la corporalidad.